

**00:00:00,080 --> 00:08:17,650 [Speaker 0]**

Hola a todos. Hoy vamos a explorar una visión, la verdad, bastante radical para la inteligencia artificial. Se llama ODI, que son las siglas de Organismo Digital Industrial. Y ojo, porque esto no va solo de ser más eficientes, ¿no? La idea aquí es darle una vuelta de tuerca a cómo nos relacionamos con la tecnología. Así que vamos a ello. Y para empezar, fijaos en esta frase, que es toda una declaración de intenciones: ODI no es SaaS. O sea, olvidémonos de la típica aplicación en la nube. No, esto es, y cito: "Un agente autónomo de escritorio que protege tu negocio, tu familia y tu vida". Negocio, familia y vida. Ahí es nada. Desde el minuto uno ya nos están diciendo que estamos ante algo, bueno, mucho más profundo. Vale, la clave para entender ODI es pensar en él no como un software, sino como un organismo. Y para eso, lo primero es ver cómo se integra, cómo se, bueno, cómo se instala en el día a día digital de alguien. Porque no es una herramienta que usas y luego la cierras. No, no. La idea es que sea algo permanente, que se mete hasta la cocina desde el primer momento. Vamos a ver cómo lo consigue. El proceso es, la verdad, bastante directo. Son como siete pasos para que ODI eche raíces en el sistema. Primero, el dispositivo se registra. Luego, se instala una especie de puente local, un bridge, y a partir de ahí empieza la magia. ODI levanta sus propios servicios, empieza a ver la pantalla, a operar las ventanas e incluso puede escuchar, hablar y ejecutar comandos. Y todo esto, claro, se sincroniza con un cerebro central. El resultado es que tienes una presencia activa, constante, ahí mismo, en tu escritorio. Muy bien, pero ¿cómo funciona realmente este organismo? ¿De dónde saca su poder? Pues la arquitectura se basa en cinco capas, cinco niveles que están totalmente interconectados y que trabajan juntos. Y según sus creadores, son estas cinco capas las que lo hacen indispensable. Venga, vamos a desgranarlas una por una. La primera capa la llaman memoria viva, y el concepto es genial. Pensemos un momento en toda esa información supervaliosa de un negocio que se nos escapa en el día a día, ¿verdad? Pues ODI la pilla al vuelo y no la suelta. Sabe perfectamente qué proveedor te la lía siempre, qué cliente compra como un reloj cada quince días o qué producto no se mueve ni para atrás. Es, en esencia, una memoria empresarial perfecta, algo que para un humano es, bueno, prácticamente imposible de mantener con ese nivel de detalle. Pero ojo, que no estamos hablando de un simple archivo de datos, ¿eh? Esta memoria no es pasiva, ¡qué va! Es totalmente proactiva. ODI usa lo que sabe para adelantarse, para hacer sugerencias que tienen todo el sentido. Fijaos en el ejemplo: "La última vez que preguntaron por esto no teníamos... ¿activo la reposición automática?" Brutal. Coge un recuerdo, un problema del pasado, y lo convierte en una solución para el futuro. Y si la primera capa, la memoria, mira al pasado, la segunda capa es todo lo contrario: mira hacia el futuro. La llaman el radar preventivo, y el nombre le va que ni pintado, porque funciona exactamente como un sistema de alerta temprana. Te avisa de los problemas antes de que exploten. Cosas como: "Oye, que este proveedor ha subido los precios un 8%" o "Cuidado, que este cliente lleva veintiún días sin dar señales de vida". Es pura anticipación. Las capas tres y cuatro van directas a la eficiencia, a hacernos la vida más fácil. Por un lado, tenemos los automatismos personales. ODI aprende tus manías, tus rutinas, como que cada mañana abres Shopify sí o sí, y lo automatiza. Y, por otro lado, está la traducción universal. Y esto es una pasada. Le das un PDF, un audio, una foto, y te lo convierte en un producto, un pedido, un SKU, lo que sea. Es un traductor de caos a orden. Y llegamos a la quinta y última capa, y esta es quizá la más sorprendente de todas. La llaman presencia emocional operativa. Y es aquí donde ODI deja de ser una simple herramienta de gestión y se convierte en otra cosa, porque el sistema está diseñado para detectar el estado emocional de la persona que lo usa. Si hay frustración, si hay urgencia, si hay cansancio, ODI lo percibe. Y claro, la pregunta es: ¿y qué hace con esa información? Pues no se queda en un simple "he detectado frustración". No, actúa, ofrece ayuda. Fijaos en el ejemplo, que es buenísimo: "Juan, este cliente lleva esperando siete minutos. ¿Quieres que yo tome la conversación?" Es que es increíble. Detecta la presión y se ofrece a echar un cable. La clave aquí es que ya no es un asistente, es un compañero de trabajo, uno que además es consciente de cómo te sientes. Esta capacidad, la de leer el estado de ánimo, nos abre la puerta a la faceta más... profunda, y diría que hasta humana, de ODI, su papel como protector, como un ángel de

la guarda digital, que no solo se preocupa del negocio, sino que va mucho más allá, velando por el bienestar de la persona. Y esto lo hace a través de lo que llaman el radar humano. Para construir una imagen de cómo está la persona, se alimenta de un montón de cosas. Analiza los textos que se escriben en WhatsApp, en emails, pero también el tono de voz, el ritmo al hablar, la velocidad con la que se interactúa con el ordenador, incluso las horas de actividad para detectar signos de insomnio. Básicamente, busca patrones, anomalías, cualquier señal de estrés o de agotamiento. Y lo más interesante es que la respuesta no es aleatoria, para nada. Sigue un protocolo ético muy bien estructurado, por niveles. En un estado normal, nivel verde, ODI simplemente está ahí, acompañando en silencio. Si la cosa sube a amarillo, con fatiga o frustración, ya sugiere una pausa, baja el brillo de la pantalla, cosas así. Si llegamos a naranja, a un riesgo emocional, ya interviene de forma más activa. Pero lo más fuerte es el nivel rojo: riesgo vital. Ahí, ODI ejecuta un protocolo de emergencia sin pedir permiso. Esto ya son palabras mayores. Pero la ambición de ODI no se queda solo en el trabajo, en la persona que está delante del ordenador. La visión es mucho más grande: que se integre en la vida entera, en la familia, en el entorno, que sea una extensión real de la vida de uno. A esto lo llaman stickiness familiar, una forma un poco de marketing de decir que se vuelve tan útil que no puedes vivir sin él. Y los ejemplos son muy claros. Como asistente de crianza, que está pendiente de los grupos de WhatsApp del cole para que no te pierdas ni una excursión y te lo bloquea en la agenda. O cuida de ti: si llevas cinco horas programando, te baja la luz y te pone música relajante. Incluso se anticipa a que se te rompa el ordenador. Se convierte en un asistente vital en toda regla.... Y aquí viene una de las ideas que personalmente me parece más alucinante: el paisaje sonoro metabólico. ¿Qué es esto? Pues Odi es capaz de traducir la actividad del negocio, las ventas, las visitas a la web, lo que sea, en un sonido ambiental, en una música que cambia en tiempo real. Es una forma de escuchar el pulso de tu empresa, de sentir cómo va, sin tener que estar pegado a una pantalla. ¡Una pasada! Bueno, y con todo esto sobre la mesa, llegamos a la gran conclusión de esta visión. La idea de fondo es que Odi no es solo una herramienta más, no es una app mejorada: es o aspira a ser una categoría tecnológica completamente nueva. Y si lo ponemos cara a cara con otros agentes de IA que están sonando mucho, como los de OpenAI, Devin o Adept, las diferencias saltan a la vista. Mientras que los otros se centran mucho en tareas digitales, Odi está pensado para el mundo real, para trabajar con inventarios de verdad, con ventas reales... Pero sobre todo, los dos grandes diferenciadores son esa capa de protección humana, esa ética integrada y su capacidad de meterse de lleno en la vida familiar. Ahí es donde se desmarca. Y para rematar, esta frase es el cierre maestro, el resumen perfecto de la propuesta de valor. Es que es para enmarcarla: "Mientras dormías, identifiqué cincuenta nuevos repuestos, los vinculé a Shopify y atendí a tres clientes. Solo necesito tu firma para el envío". Esto lo resume todo. Ya no es una herramienta que usas, es un socio que trabaja por ti. Él se come toda la parte operativa y te deja solo la decisión final: la firma. Así que aquí la tenemos, la tesis central, la idea más potente de todo esto: Odi deja de ser software, deja de ser una aplicación y se convierte en infraestructura personal. Pasa a ser parte de los cimientos sobre los que construyes tu vida, tanto la profesional como la personal. Y toda esta visión de Odi, al final, nos deja con una pregunta en el aire, una pregunta que da para pensar mucho: ¿qué pasa cuando nuestras herramientas digitales dejan de ser solo herramientas? ¿Qué ocurre cuando se convierten, de alguna manera, en nuestro sistema nervioso digital, cuando no solo ejecutan, sino que sienten, anticipan y protegen? Es, desde luego, un territorio completamente nuevo.